



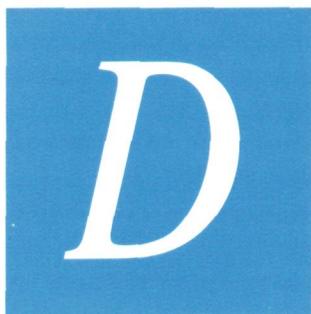
D E

P A R I S

A L A L A G U N A

por

ALEJANDRO CIORANESCU



estituido de mi empleo de consejero cultural en la embajada de Rumanía en París, mi buen amigo Antonio Tovar me había puesto en contacto con la Universidad de La Laguna, donde sabía que buscaban un

lector de francés. Aceptada mi candidatura, liquidamos las pocas cosas que teníamos en Francia y el 25 de noviembre de 1948 pasamos poco triunfalmente la frontera de Irún.

Yo conocía España, por haberla recorrido años antes de Valladolid a Madrid y de Sevilla a Granada.

Para Lyda, todo aquel espectáculo era nuevo. Ya en París, había tenido que explicarle a dónde íbamos. Pero la verdad es que de Canarias no sabía prácticamente nada, y había tenido que estudiar previamente mi explicación, mediante una lectura concienzuda de las páginas correspondientes de la enciclopedia Espasa-Calpe. Aquella lectura no había sido muy aleccionadora. El artículo dedicado a las Islas tenía más años que yo; los grabados y los datos estadísticos daban una impresión de tristeza y de cansancio que condecía bien con la idea de exilio. Naturalmente, me abstuve de comunicarle a Lyda aquella impresión.

Mi segundo informante fue el consejero cultural de la Embajada de España. No había tenido ocasión de encontrarle antes; pero me interesaba visitarlo, para saber qué calidad de vida me ofrecía el salario comu-



ALEJANDRO CIORANESCU
por E. DRAGUTESCU

nicado por la Universidad, que era de 160 pesetas mensuales. En 1935 había pasado varios meses en Valladolid, y sabía que aquella cantidad, poco más o menos, me había permitido una vida holgada, con hotel de primera clase, salidas con amigos y largos viajes a través de España. Pero habían pasado muchos años y largas guerras, y mis conocimientos, más recientes que los de Espasa-Calpe, corrían el riesgo de hallarse desfasados.

El consejero estaba charlando con un compañero de trabajo. Me invitó a sentarme mientras ellos agotaban la discusión. Se trataba de los méritos comparados de los mejores camiseros de París: el uno prefería a Sulka, más serio y más clásico, mientras el otro había optado por Seymoor, más al corriente con las exigencias de la moda. La conversación hubiera debido interesarme, porque yo mismo había pasado por las mismas dudas, posiblemente naturales en los consejeros culturales. Cuando me tocó declarar mi futura renta canaria, hubo entre los dos un cambio rápido de impresiones por medio de las miradas, y luego me contestaron con la misma rapidez que sí, que dos personas podían vivir en España, y particularmente en Canarias, con 160 pesetas al mes. Me había alegrado esta confirmación procedente de dos bocas autorizadas y me olvidé por completo de Espasa-Calpe, hasta mi llegada a La Laguna.

En Irún sentimos que encarábamos una vida diferente. El tren francés se había descompuesto para volver a Francia, silbando alegremente. Nuestro coche, arrastrado al andén de líneas interiores, parecía abandonado, como nosotros. Esperábamos pacientemente, tal vez una mejora del tiempo, ya que habían pasado varias horas después de la prevista para la salida. En Irún debían de pasar cosas raras, porque el andén estaba cuajado de hombres que iban y venían, charlaban, gritaban y escupían concienzudamente. Lyda los miraba intensamente, intentando comprender lo que decían a dos pasos de ella, al otro lado de la ventana abierta. En cierto momento, se volvió para preguntarme en francés: —¿Qué significa *coño* en español? Le contesté con otra pregunta: —¿De dón-

de conocías esta palabra? La había retenido debido a la frecuencia con que la empleaban todos cuantos esperaban en el andén o paseaban, en un radio conveniente para que ella los oyese. Fue la primera y la única palabra de su vocabulario español, hasta nuestra llegada a Tenerife.



La verdad es que de Canarias no sabía prácticamente nada, y había tenido que estudiar... las páginas correspondientes de la Enciclopedia Espasa-Calpe

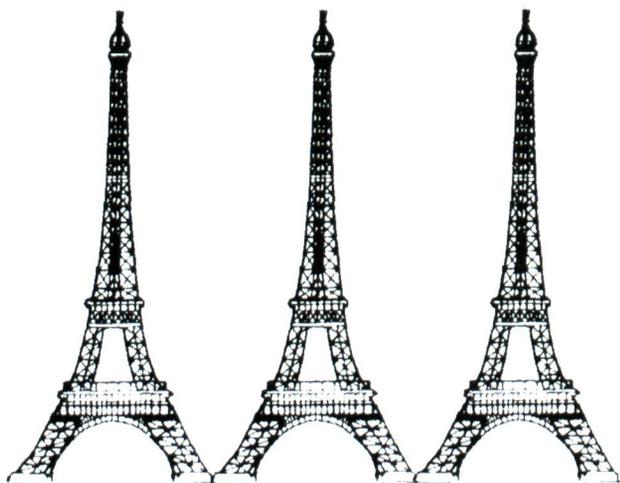


El viaje a Madrid fue quizás el más largo de la historia. No duró mucho más de lo previsto, pero lo hacía interminable el frío, que no habíamos tenido la inteligencia de prever; sabíamos que íbamos al Sur y habíamos confundido la dirección con el punto final. El frío cortante de Madrid nos hizo añorar el frescor clemente del coche que nos había traído. Al bajar las maletas al andén, descubrimos en el pasillo una pequeña cesta de mimbre con tres hojas de lechuga y, sobre ellas, un conejito que temblaba más que nosotros y parecía enfermo. Nosotros éramos los últimos en bajar; no cabía duda de que el animalito había sido olvidado o abandonado. A pesar de mis reparos juiciosos, de que no hizo ningún caso, Lyda cargó con la cesta, protegiéndola penosamente entre el bolso repleto y la caja de sombreros, mucho más incómoda que pesada. Llegamos indemnes a pesar del viento, primero al taxi y, gracias a él, al hotel, que había escogido en Atocha, para estar más cerca de la estación del Sur. El hotel, que no era malo, no resultó más caluroso que el tren. Al conejito lo acostamos en un pañuelo de lana y le dejamos un poco de leche y una



lechuga fresca; salimos para comer y al volver lo encontramos muerto.

En Madrid, sabía que no podría ver a Tovar. Afortunadamente, me recibió y me ayudó en la transferencia a Canarias otro amigo, Alejandro Busuiocanu, profesor de Historia del Arte, poeta y escritor conocido, destituido como yo mismo de su puesto de consejero cultural y responsable de la enseñanza del rumano en España. Había entre nosotros quince años de diferencia; pero hacía algún tiempo que lo conocía ya, principalmente por el sesgo de nuestro común interés por las cosas de España. Yo conocía bien y apreciaba mucho sus actividades, y él quedó sobre todo conmovido y encantado conmigo cuando supo que tenía en mi biblioteca (cuando la tenía) los versos publicados por su abuelo, escritor y uno de los primeros viajeros rumanos a España. Busuiocanu era ahora un exilado más, de hacienda no mucho más boyante que la mía; pero llevaba varios años en Madrid, donde se había ganado un buen sitio en el mundo literario y artístico, sobre todo como colaborador de la revista *Ínsula* y autor de dos tomos de poesías en español. En los años en que lo frecuenté en España, se había dedicado, no sin pasión, al estudio de la serie de emperadores romanos de origen dálico, así como de los contactos de la España medieval con la civilización daco-gótica. Sus trabajos merecerían una



consideración mejor de la que ha gozado hasta ahora. Con él volví a visitar el Prado, que pretendía conocer, pero que descubría con él por segunda vez. Aprendí también a conocer los restaurantes de Madrid, los buenos y caros y los modestos y humildes, éstos bastante más que los otros. Él hablaba de sus proyectos y yo de los míos; y si nos entendíamos y nos aprobábamos fervorosamente, creo que era porque los dos nadábamos en las mismas aguas puras, cuyo nivel nada tenía que ver con lo contingente.

Finalmente llegamos a Cádiz, donde nos hospedamos en una pensión que se llamaba Canarias. La coincidencia era meramente casual: yo no conocía Cádiz y me había dejado guiar por el chófer del taxi que habíamos parado en la estación. Desde antes de bajar del coche, Lyda había hecho ya su segunda experiencia española, que era el perfume dominante del aceite frito. El almuerzo se componía de huevos al plato, fritos en aceite, sardinas fritas en aceite y una chuleta a la plancha, que olía a buen aceite, es decir, aceite no refinado.

Nuestro barco zarpaba a las ocho horas del día siguiente. Tenía los pasajes reservados desde Madrid. A las siete y media estábamos al pie de la escalera, con nuestro equipaje. Presenté nuestros billetes de pasaje al marinero de turno, que me pidió, además, la autorización de embarque. Le expliqué que no sabía qué significaba aquel extraño requisito, del que nadie me había hablado hasta entonces, y él me contestó enseñándome con el dedo una barraca a cien pasos del barco, donde despachaban aquel artefacto, y recomendándome que me diese prisa. En la puerta había un cartel que decía *Policía* y un candado que indicaba que no había nadie dentro. Comprendí que no había más cera que la que ardía y esperé pacientemente hasta las ocho menos ocho, cuando un señor medio viejo vino para abrir la puerta y preguntarme qué era lo que deseaba. Mi ruego le pareció razonable. Me invitó a sentarme del otro lado de una mesa en que abrió cuidadosamente una enorme matrícula, tan grande y gruesa como los misales que se pueden ver en algunas iglesias antiguas. Examinó mi pasaporte,

por lo visto con poca satisfacción, ya que seguidamente me preguntó por mi primer apellido, del que tomó nota, con buena escritura de pendolista. Acto seguido me preguntó por mi segundo apellido, que declaré no tener. Esta confesión espontánea lo dejó muy desazonado. Con aparente calma, que contradecía su mirada severa, volvió a preguntar por mi segundo apellido: por ser yo extranjero, era evidente que era yo el que no comprendía. Le rogué que mirara bien mi pasaporte, donde figuraban los apellidos de mi padre y mi madre; que podía sacar de él las conclusiones que bien le pareciera y que sólo los españoles y los portugueses gozaban del privilegio de poseer dos apellidos. A él le pareció sin duda que le daba murga. Con la misma calma, delicadamente, sin prisa, cerró el libro de la matrícula y dio el asunto por terminado, anunciando con firmeza que: «No hay segundo apellido, no hay embarque».

,

Con la misma calma, delicadamente, cerró el libro de la matrícula... anunciando con firmeza que: «No hay segundo apellido, no hay embarque»

,

El barco acababa de lanzar al aire su primer silbido. Haciendo de tripas corazón, le contesté con la misma tranquilidad prefabricada: «Será lo que usted diga, pero usted responderá por haberme vedado el embarque». La severidad se hizo sorpresa y me preguntó qué quería decir. Entonces le expliqué pausadamente que, en vista de su negativa, mi intención era volver a mi pensión, para esperar nuevas órdenes, y que me convenía perfectamente pasar un par de semanas en Cádiz, mientras que él pagaría el pato; que

sin duda él no se había percatado que yo le había presentado un pasaporte diplomático (lo cual era todavía cierto en aquel momento) y que su rechazo traería cola forzosamente (lo cual era sólo una hipótesis atrevida); que en el mismo pasaporte estaba un telegrama de la Universidad de La Laguna, que indicaba que debía presentarme para tomar posesión el día dos de diciembre, y que estábamos en el último día de noviembre, con lo cual empeoraba mucho su caso (y sobre todo el mío).

Tengo que decir, modestamente, que mi alegato surtió efecto. El empleado me dijo que no debía hacer caso del segundo silbato, porque el barco no saldría sin su orden; que la cosa tenía arreglo; y que aquello de las personas sin segundo apellido era para él una novedad, sobre la cual le gustaría adquirir algunas nociones precisas. Discutimos el caso durante un cuarto de hora, más o menos, y nos separamos los mejores amigos del mundo. Quedamos en que él no dejaría de visitarme, si acaso viajase a Canarias, y luego me acompañó hasta el pie de la escalera, desde donde dio luego luz verde para la salida.

El viaje a Santa Cruz de Tenerife transcurrió sin pena ni gloria. Sin pena es una manera de decir, porque la comodidad de los servicios a bordo no era todo lo buena que hubiéramos podido desear. El barco que nos llevaba era, si no me equivoco, el *Escolano*. Si me equivoco, no tiene mucha importancia, porque seguramente no podía ser sino su gemelo, el *Rumeu*. Eran dos valientes correillos, viejos y medio desvenecijados, que enlazaban Tenerife con la Península. Su edad y su porte no inspiraban mucha confianza, pero la vida a bordo no resultaba tan desagradable como prometía su edad. Los viajeros eran pocos, con lo cual se viajaba en cierto modo en familia, ya que todos se conocían o acababan conociéndose; y el personal de servicio se esmeraba en hacer olvidar los inconvenientes de la travesía.

Una mañana nos despertamos en medio de un hormigueo de viajeros que subían y bajaban escaleras, en una especie de zafarrancho. Estábamos doblando el cabo de Anaga. Seguimos después el rumbo

paralelamente a la costa. Subimos nosotros también al puente, para tomar contacto con «nuestra» isla. Una serie de riscos abruptos, de color predominantemente grisáceo; unas alturas peladas, de aspecto inhóspito; una total ausencia del verde en la gama cromática; todo aquello hacía inexplicable para nosotros el júbilo de aquella gente que nos rodeaba gritando a voz en cuello su alegría de volver a aquellos paisajes. Más adelante descubrimos el descanso luminoso de San Andrés y el abra de Santa Cruz, con el desfile de su frente marítimo, con sus casuchas coloradas y chatas, que no tenían nada que ver con la actual verticalidad de la avenida Marítima. Todo ello daba una impresión bastante siniestra, de pobreza aletargada o, como aprendí a decirlo más tarde, amodorrada. Visto de lejos, Santa Cruz se parecía mucho al Espasa-Calpe.

Embarcamos en un taxi que nos llevó rápidamente a La Laguna. Al salir de Santa Cruz por lo que llamamos ahora la carretera vieja, observé que el paisaje cambiaba. Más tarde supe que la observación no tenía ningún mérito, ya que muchos viajeros experimentaron la misma sorpresa. El camino subía por una pendiente bastante áspera. Había casas diseminadas por los dos lados de la carretera, pero eran casas diferentes, rodeadas de jardines o de espacios verdes; y el verde dominaba también en las lejanías, donde se perfilaban montañas borrosas, entrevistas por entre la cortina tupida de la lluvia.

El chófer nos dejó en la puerta del hotel Aguerre, que nos había sido recomendado por ser el único de La Laguna. En realidad la insinuación no era totalmente correcta. Había también otro hotel, el Battemberg, del que no se sabía con seguridad si nos abriría o no y, por otra parte, el Aguerre se recomendaba también por sus méritos intrínsecos. La mayor parte de la planta baja estaba ocupada por un salón inmenso, adornado con plantas y arbustos que le daban un aspecto

exótico, de patio cubierto. En las horas idóneas servía también de comedor. La pared que daba a la calle había desaparecido, sustituida por una gran vidriera. Durante las comidas, nos hallábamos de este modo en un escaparate luminoso, que daba envidia a los transeúntes y nos permitía a nosotros mirar su desfile, como los peces miran a los visitantes del acuario. La calidad de la comida y de los servicios fue una grata sorpresa. También hubiera debido serlo el precio de la pensión; pero no fue así, porque me di cuenta de que, para nosotros, la fiesta no podía durar mucho, y que a nosotros nos resultaba caro lo que seguramente parecía barato a los demás.

El día de nuestra llegada, sólo dos mesas quedaron ocupadas durante el almuerzo: la nuestra y la de un señor más bien viejo, de semblante adusto, bien vestido y muy atildado, que se retiró inmediatamente después de haber terminado de comer. Lo volvimos a ver en la cena, y todos los días siguientes, siempre solo, con la misma cara de pocos amigos y muy poco interesado por todo cuanto pasaba a su alrededor. Sentí verdadera curiosidad por saber quién era, y un día se lo pregunté al gerente. Supe que era don Tomás Tabares de Nava, persona a quien todos conocían en La Laguna, menos yo. Lo conocí personalmente años más tarde,



HOTEL AGUERRE (LA LAGUNA)

cuando escribí la *Guía histórica de La Laguna*, que difícilmente hubiera podido llevar a cabo sin su ayuda.

Don Tomás era un personaje singular, como los hubo a menudo en el pasado de La Laguna. Descendiente de familias tituladas o con ínfulas de nobleza, publicó varios trabajos histórico-genealógicos sobre sus antepasados y mantuvo largas y homéricas discusiones sobre este tema con su íntimo enemigo don José Peraza de Ayala. Don Tomás conocía al dedillo todas las casas de La Laguna, con su historia y la de sus dueños a lo largo de los siglos. Durante casi dos semanas recorrí con él a diario las calles de la ciudad, tomando apuntes que después contrastaba con mi propia información de archivo.

Lo que más llamaba la atención en don Tomás no era su erudición, sino su pasión. Su pasado personal se confundía totalmente con el pasado de la ciudad y todo lo que era La Laguna parecía ser o haber sido de él. A lo mejor había en esta pasión suficiente verdad para justificarlo. Un día me había dicho, sin pestañear: «Don Alejandro, yo soy una persona modesta por mis diecisiete apellidos». Pero todo esto pertenece a una arqueología personal de fecha posterior. Mientras tanto, don Tomás sólo era para mí un enigma. Supe que había venido a vivir en el hotel, donde tenía una habitación,



CASA LERCARO (LA LAGUNA) [FOTO: F. C.]

iglesias y el casi igual de las calles, la soledad de una ciudad que nos parecía sacada del Bosque Durmiente. A Lyda le estremecieron las contraventanas lúgubremente cerradas en todas las casas, sin excepción, como para cortar toda esperanza de retorno del sol. De vez en cuando se abría en algunas de ellas el minúsculo cuadrado de un postigo, y dos veces me pareció sorprender detrás de aquel marco una mirada inquieta y escudriñadora, que se retiraba rápidamente, sorprendida de haber sido sorprendida desde la calle. También nos inquietó la cantidad de verodes que habían echado ancla sobre las tejas o en las gote-

no sé si alquilada o comprada, y en la que lo visité varias veces, más tarde. Su vida era ascética y perfectamente solitaria. La palabra no es la más apropiada. Supongo que su aislamiento no le impedía el trato con una infinidad de sombras del pasado, que eran el objeto único de su pasión y de sus mimos.

Después de nuestro primer almuerzo lagunero, acordamos dar una vuelta por las calles de la ciudad, para conocer lo que entonces considerábamos nuestra residencia definitiva. La lluvia había amainado y el aire, con ser frío, distaba mucho del que nos había recibido en Madrid. Descubrimos las viejas casonas de nobles portadas blasonadas, el silencio de las



«... POR ENTRE LA CORTINA TÚPIDA DE LA LLUVIA».
INUNDACIÓN DE LA LAGUNA (NOVIEMBRE DE 1950).

[FOTO: GUERRA.]

ras, fantasmales e increíbles como un milagro: *Piscium et summa genus haesit ulmo, / nota quae sedes fuerat columbis*, me decía, sin atreverme a decírselo a Lyda también. Más tarde vimos los verodes arborescentes del Brasil, e incluso

conservo una fotografía que saqué a Lyda, a la sombra de un magnífico verode del parque que rodea el palacio imperial de Petrópolis. Entonces me extrañó tanto el verlo crecer en aquella tierra feraz como antes me había confundido el haber tomado posesión de los tejados.

Aquel breve paseo por las calles siempre desvenecijadas de La Laguna tuvo por lo menos la virtud de convencernos de que, en efecto, habíamos abandonado el mundo conocido. Fue una revelación tardía y, a pesar de ello, dolorosa. Estábamos explorando tierras incógnitas, sin tener el alma ni el ánimo de los exploradores. No habíamos venido allí para descubrir, sino para poder respirar. Menos mal que esto nadie nos lo impedía o reprochaba; pero el aire que respirábamos no dejaba de resultar opresivo. No por culpa de lo que él nos daba, sino por lo que nosotros veníamos a pedirle tontamente.

Al día siguiente por la mañana fui a presentarme a don Elías Serra Ràfols, decano de la Facultad de Letras, profesor de Historia Universal y autor de la invitación que nos había traído a La Laguna. La Universidad ocupaba dos casonas esquinadas de la calle de San Agustín: la que había sido colegio de Jesuitas y abriga actualmente la Real Sociedad Económica, y la

casa Lercaro, que acaba de ser remozada y parece destinada a museo. Don Elías tenía su doble despacho, de decano y de catedrático, en la primera de estas dos casas. Me recibió con el mismo interés algo inquieto con que yo mismo venía a verle.

Por fuerza el contacto con don Elías debía de resultar difícil. Acabé de darme cuenta de esta verdad aquella misma mañana —si bien recuerdo— por informaciones recibidas del gerente de nuestro hotel. Él padecía los efectos de una malformación congénita de su paladar o de la epiglotis, o acaso de los dos a la vez. Este defecto le impedía hablar claro, por lo cual una conversación con él era un verdadero suplicio. Las palabras le salían a borbotones, confusamente, faltos de resonancia. Si su interlocutor se quedaba sin comprenderlo, él se ponía nervioso, con lo cual las frases repetidas salían todavía menos inteligibles. Era una lástima, pero es a este defecto al que se debe la permanencia de don Elías en Tenerife. De haber hablado como cualquiera, se hubiese quedado en su Cataluña natal, porque en realidad era un historiador erudito, de gran categoría, al que esperaba una carrera brillante en Barcelona, como la de su hermano, el arqueólogo, que sufría de la misma malformación. A él la dificultad de comunicarse le había desanimado. Se resignó a pasar su vida en Tenerife, cuando la gran mayoría de los catedráticos que venían de la Península se las ingeniaban para volver a ella cuanto antes. Tenerife y la Universidad de La Laguna ganaron con este sacrificio suyo más de lo que imaginan las generaciones actuales.

Para mí, la soledad de don Elías no se explica tan sólo por el defecto señalado. Su hablar era afanoso y confuso, pero no tanto como para no comprender nada, como ocurría siempre. Intervenía también en esta falta de comprensión una falta de buena voluntad cuya explicación psicológica salta a la vista. Al saber de antemano que la persona con la que hablamos está impedida desde este punto de vista, se produce en el interlocutor un fenómeno de rechazo, suficientemente fuerte para impedir la captación del mensaje.

En la casa santacrucera a la que nos habíamos mu-



PROF. ELÍAS SERRA RÀFOLS

dado poco después de nuestra llegada, la dueña tenía por criada una moza del campo, con la que me las entendía a las mil maravillas, cada vez que ella tenía que comunicarme algo o cuando yo le preguntaba si doña Blanca estaba en casa o si había pasado ya el cartero. Un día supo casualmente que nosotros no éramos canarios ni españoles; y a partir de aquel momento, nunca logró comprender una frase pronunciada por mí, aunque fuese alguna de las que tan bien comprendía antes. Cuando me veía llegar, su reacción espontánea era la de huir.

Creo que lo mismo pasaba, de manera general, con todos los interlocutores de don Elías. Sabían todos que su defecto le impedía hablar normalmente y que no se le entendía. Dado que se sabía de antemano que no se le entendería, la gente no se tomaba ya el trabajo de escucharle. Todos los alumnos, todos los amigos y colaboradores suyos pasaron por este trance. Leopoldo de la Rosa colaboró con don Elías durante bastantes años, y juntos han leído y transcrito numerosos documentos de historia canaria. Estaban a menudo, a veces a diario, reunidos alrededor de la misma mesa. Sin embargo, cuando se veía en la necesidad de hablar con don Elías por teléfono, me rogaba a mí que le llamase, buscando cualquier pretexto, porque él decía que no lo entendía.

La verdad es que yo lo entendía más que regularmente bien. Mi problema no era idéntico a los demás. Yo partía instintivamente de la idea de que mi español no era suficiente para comprenderlo todo de golpe y, para vencer la dificultad, doblaba la atención cuando me hablaba un español, bien fuese Elías Serra o La Rosa o algún alumno. La amistad y la confianza de don Elías para conmigo se deben también, en buena parte, a la circunstancia de que yo no le di a entender nunca que no había comprendido lo que me estaba diciendo; yo consideraba, sin pensarlo mucho, que, si no comprendo, toda la culpa debe de ser mía. No esperaba hacerle a él que hablara mejor, sino que me obligaba a mí mismo a comprenderle mejor.

La primera cosa que dije entonces a don Elías fue

que aún no estaba seguro de que me quedaría definitivamente en Canarias. Le expliqué incluso en qué circunstancias había comprendido que podíamos vivir dos personas con 160 pesetas al mes; y que lo más probable era que me vería obligado a buscar otra cosa. La verdad es que no se me ofrecía la posibilidad de buscar otra cosa mejor. El poco dinero con que habíamos venido de París, últimos restos de una ruina total, estaba casi consumido. Para continuar buscando, se necesitaba no sólo vivir con 160 pesetas al mes durante todo el tiempo de la búsqueda, sino viajar, caso de terminar hallando algo mejor.

Afortunadamente, Elías Serra me explicó que el diablo no era tan negro como yo me lo pintaba. Comprendí, de sus explicaciones, que los salarios universitarios no se calculaban en España en base a una remuneración mensual fijada de antemano, sino que a los profesores se les pagaba al destajo, según el número de cursos que explicaban. En mi caso, se entendía que me correspondía un salario de 160 pesetas para desarrollar un curso de lengua francesa; pero que también se me había reservado el curso de Filología Románica, que produciría un salario equivalente al primero. Para el año académico en curso, que estaba ya estructurado y en marcha, era todo cuanto se me podía ofrecer; pero para el año próximo se había previsto para mí un tercer curso, no me acuerdo si de segundo de Francés o de Literatura galaico-portuguesa, que fueron los que expliqué en los años siguientes. Era evidente que don Elías había comprendido la situación antes de explicármela yo. Esta situación había cambiado, aunque no mucho, porque, de todos modos, seguía siendo igualmente evidente que dos personas no podían vivir con tres salarios acumulativos. Pero parecía suficiente para dar lugar a la esperanza de un arreglo futuro; suficiente, en todo caso, para alejar la tentación de seguir bus-

cando. En la persona de don Elías había hecho mis paces con Canarias.

Cuando se le comprendía, don Elías resultaba ser persona de muchos recursos y de fértil y agradable conversación. De haber declarado esto a alguna de las personas que le frecuentaban, se habría desternillado de risa. Hablamos entonces de lo que más nos preocupaba a los dos, la investigación. Naturalmente, *sine Baccho et Cerere* la investigación actúa como Venus, es decir, que se echa a aletargarse; pero conviene decir que también suele ser un remedio elegante contra el hambre.

Con don Elías continué la conversación por la tarde, en su casa del Cercado del Marqués, a donde subí respondiendo a su invitación. Él fue quien más habló, feliz sin duda de haber encontrado a alguien que le escuchaba; y yo lo escuché con atención, porque me interesaba lo que decía. Yo le había confiado que no sabía nada de Canarias y la verdad es que no sabía por dónde empezar. Él me sacó de un estante una edición de Abreu Galindo, que me dio, recomendándome su lectura y añadiendo que podía conservarla, porque casualmente él tenía dos ejemplares. Me habló también de Viera y Clavijo, cuyo nombre me era tan desconocido como el de Abreu Galindo, y de la crónica de la conquista de Béthencourt. Me interesó el tema, porque era una fuente escrita en francés. Don Elías tenía una fotografía (entonces no se usaba la fotocopia) del manuscrito de Gadifer, y me prometió que me lo daría, como lo hizo poco después; le interesaba que yo lo leyese, para discutir algunas dudas que se le presentaban en la lectura. No regresé al hotel transformado en canariólogo; pero el hecho es que don Elías había sabido azuzarme.

Supongo que él había quedado tan satisfecho como yo de estos primeros contactos. Debió de decir a sus acólitos algún bien de mi persona, porque pocos días más tarde se me presentó uno de ellos, el que más soñaba con el puesto de valido, para saludarme y comunicarme un ruego de don Elías. Ocurría que don Elías había publicado años atrás dos documentos en latín, interesantes para la historia de Juan de

Béthencourt, y ahora necesitaba de inmediato la traducción española de uno de ellos, que me rogaba hacérsela yo. Para ello, me enviaba la revista en que había publicado aquel documento.

La chapuza no había sido estudiada suficientemente. Don Elías había publicado el documento, lo cual significaba que lo había copiado sobre el original: *ergo*, sabía latín y no ignoraba la paleografía del latín medieval. De no ser así, por nada en el mundo don Elías hubiera denunciado su ignorancia, por el solo gusto de confesarla. Por otra parte, se daba la circunstancia de que el valido era profesor de latín. Por lo tanto, el tiro iba a demostrar que quien no sabía latín era yo y, por lo tanto, curarse en salud. Tampoco podía esperarse que la llegada de un extranjero desconocido llenaría de flores todos los caminos.

Además, tenía ya la prueba de esta verdad. Un par de días antes había encontrado en el casillero de la sala de profesores un sobre a mi nombre. Dentro venía una cuartilla en que aparecía dibujada a lápiz una cabeza de toro, o a lo mejor de buey, que ostentaba un magnífico par de cuernos. Debajo, el autor había escrito con letras mayúsculas: *cabrón*. Me tragué la vergüenza solo y no se la conté a nadie. Más tarde, años después, supe casualmente a quién debía aquel mensaje de bienvenida. Era una profesora de instituto que había solicitado el puesto de profesora de francés; de no haber intervenido mi invitación, era cosa segura que lo habría conseguido. Era una persona encantadora, buena amiga nuestra, a la que veíamos frecuentemente, y siempre con gusto. El único reproche que se le podía hacer era que ignoraba el francés. Δ